

Guy Burgel

Entre ciudad y urbanidad: la periferia parisina

Entre ville et urbanité: la banlieue parisienne

Les héritages

Banlieue rouge du mythe fondateur communiste des années 30, banlieue-spectacle des grandes opérations d'urbanisme (La Défense), ou banlieue sombre du mal de vivre et des affrontements urbains, la banlieue parisienne défie les définitions et d'abord les délimitations statistiques et géographiques. Entre boulevard périphérique enserrant la Ville de Paris et ses 2,2 millions d'habitants et les cinq villes nouvelles qui flanquent le dispositif de l'agglomération depuis le Schéma Directeur de 1965, s'étend la banlieue. C'est ainsi environ 6 millions de "banlieusards", sur un total de 11 millions que compte la région-capitale (l'Ile-de-France), ni tout-à-fait Parisiens, comme les habitants des vingt arrondissements de Paris, ni tout-à-fait "périurbains" comme les résidents des villes nouvelles ou des "nouveaux villages" dispersés dans les campagnes franciliennes. Certes les spécialistes distinguent dans cet ensemble compact et divers la "première couronne" de banlieue, née de la révolution industrielle du XIXe siècle et la plus proche de Paris, de la "seconde couronne", plus aérée et plus récente. Mais ce qui unit les habitants de toutes ces banlieues, c'est une histoire urbaine vieille d'un siècle et une communauté de problèmes hérités ou affrontés.

En effet, quels que soient son âge et son paysage, l'origine et la croissance mêmes de la banlieue restent liées à la formidable poussée urbaine engendrée dans la ville occidentale par la révolution industrielle. Le mouvement naît à Paris au milieu du XIXe siècle, quand la dernière enceinte de la capitale, celle de Thiers (1840-1850), à peine construite, est dépassée par les débordements de l'agglomération. Ils gagnent et bientôt submergent la trame de l'organisation rurale des villages, des chemins et des campagnes laitières et horticoles, qui faisaient le lot commun des environs de Paris. Boulogne, Suresnes ou Nanterre, paisibles communes de jardiniers ou de vignerons, deviennent alors en quelques années des annexes de la grande ville,



Argenteuil. Un gran conjunto inmobiliario de la periferia: La zona prioritaria de urbanización (ZUP, Zone à urbaniser en Priorité).

Las herencias

Periferia roja del mito fundador del comunismo de los años 30, periferia-escenario de importantes operaciones urbanísticas (La Défense), o periferia oscura del mal vivir y de las afrentas urbanas, la periferia parisina desafía las definiciones y en principio las delimitaciones estadísticas y geográficas. Entre el bulevar periférico que delimita la ciudad de París y sus 3,3 millones de habitantes y las cinco ciudades nuevas que flanquean el dispositivo de la aglomeración desde el Plan Director de 1965, se extiende la periferia. Cerca de seis millones de "habitantes periféricos", sobre un total de once millones que conforman la región-capital (Ile de France), ni son propiamente parisinos, como los habitantes de los veinte distritos de París, ni propiamente "periurbanos" como los residentes en las ciudades nuevas dispersas por los campos francilianos. Ciertamente algunos especialistas hacen distinción en este conjunto compacto y diverso entre la "primera corona" de la periferia, surgida de la Revolución Industrial del siglo XIX y más próxima a París, de la "segunda corona", más aireada y más reciente. Sin embargo, lo que une a los habitantes de todas estas periferias es una historia urbana de un siglo de antigüedad y una comunidad de problemas heredados o afrontados.

En efecto, cualquiera que sea su edad y su paisaje, el origen y el crecimiento de la periferia permanecen asociados al formidable empujón urbano nacido en la ciudad occidental a causa de la Re-

volución Industrial. El movimiento nació en París a mediados del siglo XIX, cuando el último cinturón de la capital, el de Thiers (1840-1850), apenas construido, se satura por los desbordamientos de la aglomeración. Estos llegan ganando y pronto superarán la trama de la organización rural de las ciudades, los caminos, senderos, granjas y huertos, que formaban el destino común de los alrededores de París. Boulogne, Suresnes o Nanterre, apacibles municipios de huertanos o vinateros, se convierten en pocos años en anexos de la gran ciudad, que expulsa ahí todo aquello que le parece indeseable ya sea por su escasa valía o ruido. La industria, con sus importantes necesidades de terrenos llanos, sus humos, sus ruidos y sus olores, está evidentemente en primera línea, y los bordes del Sena los primeramente invadidos, que ofrecen abundantes suelos inundables poco atractivos, abundante agua y una vía de transporte barata para los productos pesados. Están asimismo los cementerios, los depósitos de basuras y de materiales de construcción, los estercoleiros, las grandes infraestructuras de transporte ferroviario (estaciones de clasificación y de reparación de material rodante)... y la residencia obrera y popular que va asociada, sigue o precede a este gran desagüe: en un siglo, bicocas miserables, viviendas ennegrecidas y exiguas de inmuebles revestidos de ladrillo, lamentables casitas de los "desfavorecidos" de los años 30, torres o barreras de los grandes conjuntos de la posguerra mundial daban abrigo a las sucesivas olas de parisinos "laboriosos" dispersos y de provincianos desarraigados.

Evidentemente, no todo se debe incluir en este cajón de la degradación urbana. La periferia tenía también sus "barrios elegantes", especialmente al oeste de la aglomeración. Saint-Cloud, sobre las riberas del Sena, El Vésinet, construcción aristocrática y burguesa del Segundo Imperio, se acercaban a las residencias reales y los castillos principescos de Versailles, Saint-Germain o las Maisons Laffitte. Por otra parte, en las salidas de París, una vez pasados los fielatos y las incertidumbres de la "zona" *non aedificandi* a lo largo de las fortificaciones, inmuebles haussmanianos intentaban, por medio de sus cariátides o sus atlantes esculpidos y sus balcones de hierro forjado, dar la réplica de la atmósfera de los grandes bulevares de la capital. Pero, de hecho, por todas partes reina la dependencia con París y los movimientos cotidianos que de ella resultan: el habitante de la periferia es inseparable del tren de cercanías, y la periferia no puede disociarse de la expansión de la red ferroviaria que conecta hacia fuera la densidad del metro subterráneo.

Así se nos manifiesta la periferia parisina de la edad clásica, en los años cincuenta-sesenta (¿del siglo XX?). Los observadores y urbanistas la definen mediante dos palabras (¿males?): la anarquía y la falta de equipamiento. Anarquía, porque todo parece haberse instalado en el desorden de las oportunidades inmobiliarias y las especulaciones a corto plazo; la industria se confunde con la residencia, las redes ferroviarias y de autopistas cortando a modo de hacha los continuos urbanos (territoriales), los ruidos se suman a la chabolización, y a la miseria física y moral de muchos habitantes. Falta de equipamiento, ya que aunque la periferia se encuentra densamente jalonada de modos de transporte, también está mal gestionada, mal encuadrada en lo que se refiere a servicios públicos y privados: escasos o nulos institutos, sin universidad, sin grandes almacenes, que significan la atracción hacia el centro de París.

Sin embargo, dos elementos matizan este sombrío panorama. El mantenimiento de la trama política y administrativa de los municipios no es sólo una paradoja en esta ola de inmersión urbana. El mapa de los municipios, estancado por la reforma Haussmaniana de los veinte barrios parisinos a mediados del siglo XIX, ha permanecido inalterable. Así cientos de entidades locales orgullosas de su pasado y celosas de sus competencias, se reparten esos espacios de nadie resultado del crecimiento urbano. Les apoya una legítima cultura de periferia, compuesta de reminiscencias rurales, tradiciones populares y participación activa: la fiesta local, el sindicato, el Partido (comunista) son inseparables de esta atmósfera que unifica y fragmenta al mismo tiempo esta periferia mucho más joven y popular frente a un París que envejece y se aburguesa.

Las crisis

En este paisaje urbano suma toda equilibrada, que se había establecido entre París y su periferia, los años sesenta introdujeron una serie de crisis que trastocaron la situación. La primera es

qui y rejette tout ce qui paraît indésirable par la valeur ou la nuisance. L'industrie, avec ses gros besoins de terrains plats, ses fumées, ses bruits et ses odeurs, est évidemment en première ligne, et les bords de Seine les premiers envahis, qui offrent sans compter sols inondables peu attractifs, eau abondante et voie de transport à bon marché de produits pondéreux. Mais il y a aussi les cimetières, les dépôts d'ordures et de matériaux de construction, les champs d'épandage, les grandes infrastructures de transports ferroviaires (gares de triage et réparation de matériel roulant)... et la résidence ouvrière et populaire qui accompagne, suit ou précède ce grand déversement: en un siècle, méchantes bicoques, logements noirs et exigus des immeubles de rapport en briques, pavillons minables des "mal lotis" des années 30, tours ou barres des grands ensembles de l'après-deuxième guerre mondiale abritent les vagues successives de Parisiens "laborieux" desserrés et de provinciaux déracinés.

Certes, tout n'est pas à ranger dans ce tiroir de la dévalorisation urbaine. La banlieue a aussi ses "beaux quartiers", notamment à l'ouest de l'agglomération. Saint-Cloud, sur les coteaux de la Seine, Le Vésinet, lotissement aristocratique et bourgeois du Second Empire, rattrapent les résidences royales et les châteaux princiers de Versailles, Saint-Germain ou Maisons Laffitte. Et aux sorties de Paris, passés les octrois et les incertitudes de la "zone" *non aedificandi* le long des fortifications, des immeubles haussmanniens s'essaient, par leurs cariatides ou leurs atlantes sculptés et leurs balcons de fer forgé, à répliquer l'atmosphère des grands boulevards de la capitale.

Mais en fait partout régnait la dépendance à l'égard de Paris et les mobilités quotidiennes qui en résultent: le banlieusard est inséparable du train de banlieue, et la banlieue indissociable de l'essor du réseau ferré, qui relaie vers l'extérieur la densité du métropolitain souterrain.

Ainsi se présente à l'âge classique, dans les années cinquante-soixante (du XXe siècle !), la banlieue parisienne. Elle paraît caractérisée pour les observateurs et les aménageurs par deux maîtres mots (maux ?): l'anarchie et le sous-équipement. Anarchie, parce que tout semble s'être installé dans le désordre des opportunités foncières et des spéculations à courte vue, l'industrie se mêlant à la résidence, les réseaux ferrés et autoroutiers hachant les continuités territoriales, les nuisances s'ajoutant à la taudification et à la misère physique et morale de beaucoup des habitants. Sous-équipement, car si la banlieue est densément sillonnée de moyens de transports, elle est aussi sous-administrée et sous-encadrée en services publics et privés: pas ou peu de grands lycées, pas d'université, pas de grands magasins, qui font

* N. del T: (¿males?): juego de palabras en francés: "mots= palabras; maux=males"

l'attraction du centre de Paris.

Pourtant deux éléments nuancent ce tableau sombre. Le maintien de la trame politique et administrative des municipalités n'est pas un moindre paradoxe dans cette vague de submersion urbaine. Figée par la réforme haussmannienne des vingt arrondissements de Paris du milieu du XIXe siècle, la carte des communes ne bouge plus. Ainsi des centaines d'entités municipales élues, fières de leur passé et jalouses de leurs compétences, se partagent ces espaces flous de la croissance urbaine. Leur répond une véritable culture de banlieue, faite de réminiscences rurales, de traditions populaires et de pratiques militantes; la fête locale, le syndicat, le Parti (communiste) sont inséparables de cette atmosphère qui unifie et fragmente tout-à-la-fois cette banlieue plus jeune et plus populaire face à un Paris, qui vieillit et s'embourgeoise.

Les crises

Dans ce paysage urbain somme toute équilibré, qui s'était établi entre Paris et sa banlieue, les années soixante introduisent une série de crises qui bouleversent la situation. La première est économique et s'attaque au fondement même du développement de la banlieue: l'industrie. L'évolution des technologies et des consommations, les concurrences extérieures, le renchérissement des valeurs foncières dans la capitale, condamnent beaucoup d'activités de production classiques à la fermeture ou au départ en province. Chimie et métallurgie sont d'abord touchées, assez rapidement suivies par des secteurs réputés plus modernes, l'automobile et même l'aéronautique, qui entraînent dans leur déclin la chute de centaines de petites entreprises sous-traitantes, qui formaient à côté des grosses usines de plusieurs milliers de salariés la trame économique de la banlieue. La tertiarisation et le développement des bureaux ne compensent pas ces pertes de la désindustrialisation, ni en nombre d'emplois, ni surtout en qualifications: ce serait beaucoup dire que des employés et des cadres moyens, à forte proportion de femmes, et venus de l'ensemble de la région parisienne, remplacent des ouvriers recrutés à proximité. Mais le trait caricatural traduit bien le désarroi. Car à la crise économique de la banlieue s'ajoute une crise identitaire politique et sociale; avec l'industrie, c'est le prolétariat qui s'effondre et des ressources fiscales des municipalités qui s'évaporent, le pouvoir des ouvriers s'évanouit avant même la dissipation du rêve communiste.

Le logement social lui-même qui avait paru, avec la banalisation des idées de la Charte d'Athènes et des émules de Le Corbusier, une avancée de la ville démocratique se charge de tous les maux. Edifiés à la



Ile Seguin en Boulogne-Billancourt. El emplazamiento de la fábrica Renault en espera de la reconversión.

económica y se vuelve contra el fundamento mismo del desarrollo de la periferia: la industria. La evolución de tecnologías y bienes de consumo, las competencias exteriores, el encarecimiento de los precios de los inmuebles en la capital, condenan al cierre o traslado a provincias de muchas de las actividades de producción clásicas. Primero, afecta al sector químico y metalúrgico, seguidos de cerca de sectores considerados como más modernos, el sector del automóvil, e incluso, el aeronáutico, que arrastran en su declive el hundimiento de cientos de pequeñas empresas subcontratistas, que formaban, junto a las grandes fábricas con miles de asalariados, la trama económica de la periferia.

La terciarización y el crecimiento de oficinas no compensan estas pérdidas de la desindustrialización, ni en número de empleos, ni sobre todo, en cualificación: sería decir demasiado que trabajadores y mandos medios, con una proporción importante de mujeres, y venidos del conjunto de la región parisina reemplazan a los obreros seleccionados en esta zona. Pero la caricatura expresa claramente el desconcierto. Ya que a una crisis económica de la periferia se añade una crisis de identidad política y social; con la industria es el proletariado el que se hunde y se evaporan los recursos fiscales de los municipios, el poder de los obreros se desvanece aún antes que desaparezca el sueño comunista.

A la vivienda social misma que parecía, con la banalización de las ideas de la Carta de Atenas y los émules de Le Corbusier, un adelanto de la ciudad democrática se le atribuyen todos los males. Edificados a toda prisa, mal situados y mal equipados, los grandes conjuntos de la periferia se



Argenteuil. Sinergies: un nuevo barrio de actividad en las antiguas zonas industriales afectadas a orillas del Sena.

convierten en el símbolo del mal vivir urbano donde confluye todo lo marginal: extranjeros mal integrados en la sociedad francesa, atrasos y fracasos escolares, delincuencia, paro y economía sumergida, forman el cortejo a menudo sórdido de la triste periferia. Y los modos de vida cambian. Ni campo, ni ciudad, la periferia, una vez superado el punto álgido de la crisis de la vivienda, es abandonada por todos aquellos —cuadros medios, oficinistas, técnicos superiores— que prefieren las penas y alegrías de las excavaciones urbanas de urbanizaciones de hotelitos, más lejos, más verdes pero también, a menudo, mejor dotadas de grandes equipamientos comerciales, deportivos, en suma, culturales.

Porque curiosamente, durante mucho tiempo, las políticas urbanas han estado de acuerdo con ese mundo, vacío de contenido a causa de las evoluciones espontáneas económicas y sociales. El Esquema Director de 1965, que todavía permanece como la biblia de la ordenación parisina, ahora en espera inminente de un nuevo documento de referencia, convierte a las cinco ciudades nuevas parisinas en el verdadero motor de la voluntad política, deja que París se transforme y se “envejezca” al compás de renovaciones y rehabilitaciones y que la periferia siga su curso al hilo de iniciativas municipales. Sólo algunos “polos estructurantes de la periferia”, previstos en el Esquema Director de 1965 (Creteil, Bobigny, ya que acogieron las prefecturas de los nuevos departamentos creados en 1964) y, sobre todo La Defense (aunque ya es prácticamente París), se salvan de esta relativa indiferencia del Estado. De hecho, hay que esperar a 1981, con la llegada

hâte, médiocrement situés et sous-équipés, les grands ensembles de banlieue deviennent le symbole du mal vivre urbain, où s'entassent toutes les marginalisations: étrangers mal intégrés à la société française, retards et échecs scolaires, délinquance, chômage et sous-emploi, forment le cortège souvent sordide de la triste banlieue.

Et les modes d'habiter changeent. Ni ville, ni campagne, la banlieue est, dès le gros de la crise du logement dépassée, abandonnée par tous ceux —cadres moyens, employés, techniciens supérieurs— qui lui préfèrent les joies et les peines des excroissances urbaines pavillonnaires, plus loin, plus vertes, mais aussi souvent mieux desservies en grands équipements commerciaux, sportifs, voire culturels.

Car curieusement, pendant longtemps les politiques urbaines ont été à l'unisson de ce monde mis en creux par les évolutions économiques et sociales spontanées. Le Schéma Directeur de 1965, qui reste encore la bible de l'aménagement parisien dans l'attente maintenant imminente d'un nouveau document de référence, fait des cinq villes nouvelles parisiennes le véritable moteur de la volonté politique, laissant Paris se transformer et se “gentrifier” au gré des rénovations et des réhabilitations, et la banlieue voguer au fil des initiatives municipales locales. Seuls quelques “pôles restructurateurs de banlieue”, prévus au Schéma Directeur de 1965 (creteil, Bobigny, parce qu'ils accueillent les préfetures des nouveaux départements créés en 1964) et, surtout La Défense (mais c'est déjà pratiquement Paris), échappent à cette indifférence relative de l'Etat. En fait, il faut attendre 1981, l'arrivée des Socialistes au pouvoir et le lancement médiatique du mouvement “Banlieues 89” (architectes Roland CASTRO et Michel CANTAL-DUPARC), pour voir les projecteurs de l'actualité et le concert des bonnes intentions se tourner massivement vers la banlieue. Mais c'était peut-être que déjà les vents contraires avaient tourné. Dix ans après, les engouements sont retombés, si les espoirs et les incertitudes demeurent.

Les renouveaux et les doutes

Ils reposent d'abord sur la conquête d'une véritable urbanité de la banlieue. Au moment même où les mutations économiques faisaient perdre de l'autonomie à beaucoup de communes périphériques, l'évolution politique et culturelle leur conférerait une nouvelle place dans la ville. Le maintien de la carte administrative n'avait laissé aux maires d'opposition que la seule contestation du pouvoir central “bourgeois”. La “décentralisation” de 1982 —le transfert de compétences de l'Etat aux collectivités locales, notamment en matière

d'urbanisme— donne aux nouveaux élus, de droite comme de gauche, une réelle possibilité d'intervention sur le tissu social et bâti de leur ville. De gestionnaires ou de "révolutionnaires", des centaines de maires de banlieue se révèlent des chefs d'entreprise, bâtisseurs et reconstruc-teurs de leur économie locale. Dans le même temps, le sous-équipement traditionnel de la banlieue s'est atté-nué. Plus encore que les infrastructu-res commerciales, souvent édifiées à la faveur d'opérations de rénovation, ou le meilleur encadrement adminis-tratif (nouvelles préfectures et sous-préfectures, services sociaux), c'est le développement culturel qui en por-te témoignage: le théâtre des Aman-diers à Nanterre, ou celui de la Commune à Aubervilliers, a porté bien au delà des frontières nationales cet écho du prestige de la banlieue parisienne.

En fait, plus profondément encore que ces facettes visibles, la banlieue, surtout proche, est le siège d'une re-conquête sociale et résidentielle, plus silencieuse, plus radicale aussi. Moins chère que Paris, donc plus ac-cessible aux couches moyennes, mieux desservie en moyens de transports que les périphéries lointai-nes ou même les villes nouvelles, notamment par la prolongation des lignes du métro parisien, la banlieue n'est plus défavorisée dans les choix résidentiels des ménages: beaucoup plus que par le passé, ils arbitrent en faveur de moins de mètres carrés, mais plus de mobilités et de con-sommations urbaines potentielles. Les résultats du recensement de 1990 le montrent à l'envi: nombre de communes de banlieue, qui n'avaient cessé de perdre de la population de-puis trente ans, en regagnent entre 1982 et 1990, par l'arrivée de fami-lles souvent jeunes, plus aisées et en ascension sociale.

Au demeurant, ces visages contra-dictaires sont lourds d'interrogations. Si la capitale française est devenue une ville à deux vitesses, c'est en banlieue que se joue en grande par-tie un avenir conflictuel ou solidaire, face à un Paris, plus homogène dans son embourgeoisement et son vieil-lissement, et à des périphéries plus lointaines, plus moyennes dans leur composition démographique et so-ciale. En banlieue au contraire, l'af-frontement est souvent immédiat et brutal entre les plus déshérités, les vitrines-miroirs de la richesse et de la croissance, et la consommation faci-le des nouveaux cadres attirés là. D'où l'importance de l'enjeu des grandes opérations urbaines qui se profilent dans la banlieue de l'an 2000: La Défense bis, ou le Grand Axe, entre l'Arche de Spreckelsen et la Seine, la récupération du site des usines Renault dans l'Île Seguin à Boulogne. Elles dépassent de beau-coup l'acte architectural grandiose, elles sont un véritable pari politique. Plus que jamais le destin de Paris se joue en banlieue.

de los socialistas al poder y el lanzamiento a través de todos los medios de comunicación del mo-vimiento "Banlieues 89", (arquitectos Roland Castro y Michel Cantal-Duparc), para ver cómo los urbanistas de ese momento junto con un con-crito de buenas intenciones, se vuelcan masiva-mente hacia la periferia. Pero puede que ya hubieran cambiado las tornas. Diez años después, los en-tusiasmos han vuelto a caer aunque esperanzas e intervenciones permanezcan

Las renovaciones y las dudas

Descansan, primeramente, sobre la conquista de una verdadera urbanidad de la periferia. En el mismo momento en que muchos municipios periféricos pedían autonomía, debido a las transfor-maciones económicas habidas, la evolución política y cultural les otorgaba un nuevo espacio den-tro de la ciudad. El mantenimiento del plano administrativo no había dejado a los alcaldes de la oposición más que la protesta del poder central "burgues". La "descentralización" de 1982, con la transferencia de competencias estatales a los Ayuntamientos —especialmente en materia de ur-banismo— otorga a los nuevos diputados —tanto de derechas como de izquierdas— una posibilidad real de intervención en el tejido social y edificado de su ciudad. Gestores o "revolucionarios", cientos de alcaldes de la periferia se convierten en directores de empresa, constructores y re-constructores de su economía municipal. Al mismo tiempo, la falta de equipamiento tradicional de la periferia se ha atenuado. Más aún que las infraestructuras comerciales, casi siempre construi-das para aprovechar operaciones de renovación, o una mejor instalación del marco administrativo (nuevas prefecturas y subprefecturas, servicios sociales) es el desarrollo cultural el que toma el testigo: el teatro de Amandiers en Nanterre o el de La Commune en Aubervilliers han llevado, más allá de las fronteras nacionales, este eco del prestigio de la periferia parisina.

De hecho, aún con mayor profundidad que estas facetas evidentes, la periferia, sobre todo la más próxima, representa una conquista social y residencial, más silenciosa, más radical también. Menos cara que París, por tanto, más accesible para las capas medias, con mejores servicios de medios de transporte que los existentes en la periferia más lejana o incluso en las ciudades nue-vas, sobre todo por la prolongación de las líneas de metro parisino, ahora las familias no despre-cian elegir la periferia como opción de residencia: mucho más que en épocas pasadas, se inclinan por menos metros cuadrados, con mejores accesos y con posibilidad de mayores facilidades en cuanto a urbanización se refiere. Los resultados del censo de 1990 constatan ese deseo: numero-sos municipios de la periferia, que no habían dejado de perder población desde hacia treinta años, vuelven a ganarla entre 1982 y 1990, con la llegada de familias a menudo jóvenes, más acomoda-das y en ascenso social.

A la espera, estas caras opuestas de la moneda están cargadas de interrogantes. Si la capital francesa se ha convertido en una ciudad de dos velocidades, es en la periferia donde se juega en gran medida un futuro conflictivo o solidario, frente a un París, más homogéneo por su aburguesa-miento y envejecimiento, y a unas periferias más alejadas, más medianas en su composición de-mográfica y social. En la periferia, por el contrario, el enfrentamiento entre los más desprotegidos es a menudo inmediato y brutal, el escaparate donde se reflejan las riqueza y el crecimiento, y el consumo fácil de los nuevos cuadros allí atraídos. De ahí la importancia de lo que significa el reto de las grandes operaciones urbanas que se perfilan en la periferia del año 2000: La Défense bis, o el Gran Eje, entre el Arco de Spreckelsen y el Sena, la recuperación del espacio ocupado por la fá-brica Renault en L'Île Seguin en Boulogne. Superan con creces el grandioso acto arquitectónico, son una verdadera apuesta política. Más que nunca el destino de París se juega en la periferia.

Guy Burgel

*Profesor de la Universidad de París X-Nanterre
Director del Laboratorio de Geografía Urbana*